

gon para ganar la indulgencia. Las horribles enfermedades que acabaron con una gran parte del ejército y de sus gefes, fueron miradas como un castigo divino de estos crímenes. Se vieron obligados á abandonar la empresa despues de haber tomado tan solo la ciudad de Gerona (\*). Acometido el mismo Rey Felipe del contagio, y llevado en brazos sobre una cama, apenas pudo llegar á Perpiñan, donde murió á la edad de cuarenta años, un domingo 23 de Setiembre. Su hijo mayor, que no tenia mas que

(\*) Si Durante la guerra que el Rey de Francia emprendió contra Aragon, y entre los azotes con que visiblemente castigó el cielo los sacrilegios y demás crímenes que cometió en Cataluña el ejército francés, sucedió el célebre milagro de las moscas en Gerona. Rindióse esta fuerte y siempre heroica ciudad despues de un largo sitio y de haber derrotado varias veces las fuerzas enemigas, y entráronla los franceses con la mayor insolencia cometiendo todo género de maldades con algunos moradores que quedaron. Lo primero que hicieron fue violar y despojar la iglesia de cuanto habia en ella, singularmente las riquezas y donativos del sepulcro del mártir San Narciso, obispo y patron de Gerona. Arrastraron por el suelo el santo cadáver que se mantenía incorrupto, pero salieron al momento del mismo sepulcro enjambres de vengadoras moscas ó tábanos extraordinariamente grandes, que persiguiendo y picando á los profanadores morian irremediamente. Hasta cuarenta mil subió el número de los muertos en breves dias picados de aquellos insectos, y otros tantos caballos y acémilas, segun el mismo Rey D. Pedro lo escribió al de Castilla, y segun lo confesaron los mismos franceses. Con esta pérdida, y con las grandes derrotas que padecieron por mar, y con las enfermedades que de nuevo les acometieron, vieronse forzados á abandonar su empresa, y regresó Felipe á Francia acompañado solo de un miserable resto de los cien mil hombres con que invadiera á Aragon.

diez y siete años, le sucedió bajo el nombre de Felipe IV ó Felipe el Hermoso. Algunas semanas despues del fallecimiento del Monarca francés, dió el último aliento el Rey Pedro de Aragon, de edad de cuarenta y seis años, el 11 de Noviembre dia de San Martin (\*).

20. Mientras estas inquietudes y desórdenes agitaban las dos Hesperias, se obraba en la iglesia

(\*) Caminaba D. Pedro á la conquista de Mallorca, cuyo Rey D. Jaime, aborrecido de sus propios vasallos, habia provocado la guerra del aragonés. Poco despues de haber salido de Barcelona, y hallándose en Villafranca, enfermó D. Pedro, y conoció que iba á morir. Llamó entonces al Príncipe D. Alfonso su primogénito, dióle sus instrucciones acerca de la razon y causa de la expedicion de Mallorca, y le envió á que se embarcase y hallase en ella, como efectivamente lo hizo, dando en pocos dias gloriosa cima á tan grande empresa. Mandó luego el enfermo que entrase á su presencia el arzobispo de Tarragona, los obispos de Valencia y Huesca con otros prelados y gran número de señores, y declaró ante todos que „no habia pasado á Sicilia por falta de respeto á la Iglesia de cuyo hijo se preciaba, sino en peticion del incontestable derecho que sus hijos á ella tenian: que por cuanto cualquiera censura eclesiástica justa ó injusta debia ser obedecida en cuanto cupiese, habia mandado guardar el entredicho (luego no es cierto lo que antes dice Berault, que éste no se observó); y que suplicaba al arzobispo de Tarragona le absolviese de la excomunion, pues estaba pronto á cumplir lo que por derecho se determinase.” Confesó luego el Rey sus pecados con dos confesores á un mismo tiempo para mayor humildad, y quiso ser absuelto por entrambos. Recibió la Eucaristía y estremauncion, y murió sosegadamente en 1285, á los cuarenta y seis años de edad y nueve de reinado. Ganó sobrenombre de grande por sus empresas, por su ánimo generoso y por su genio militar. Mariana, lib. 14. cap. 9. Ortiz, lib 10. cap. 1.



oriental una revolucion aun mas triste á los ojos de la religion. El Emperador Andrónico II, que fue el autor ó el instrumento, era á la sazón un jóven Príncipe de edad de unos veinticuatro años, en afabilidad, y casi en la dignidad del aspecto, diverso en todo del Emperador su padre. Tenia Andrónico sobre todo los defectos opuestos al genio de Miguel, un espíritu ligero, una alma destituida de toda elevacion, una debilidad piadosa, una devocion necia que llegaba á supersticion y ridiculéz. La primera cosa que hizo al subir al trono, fue abandonarse á la direccion de la Princesa Eulogia su tia, que era otra cabeza poco sana, devota fanática, y de secta era siempre la corifea del cisma, á pesar del destierro á que la habia condenado el Emperador su hermano. Sobre todo lisongeó ella la necesidad de su sobrino, afectando llorar inconsolablemente sobre la suerte del Emperador muerto, porque habiendo acabado, decia, en la heregia de los latinos, habia ciertamente incurrido en la condenacion eterna (1). Ausiliábala en esta trama Teodoro Musalon, gran cancelario y hombre muy faláz, que habiendo sido siempre cismático obcecado en el alma, y católico fingido en el postrer reinado, hizo cuanto podia esperarse de la cobardía y de aquel fantasma de religion que vacila á todo viento de fortuna. Andrónico entregado á estos dos guias, principió por pedir y cumplir la penitencia pública, por haber suscrito á la reunion con los lati-

(1) *Pachim. in Andron. lib. 1. cap. 3.*

nos. Fue esta accion teatral como una señal dada á todo cismático contenido por el temor, para declararse con insolencia; y á los que habian abjurado el cisma, para volver á él como su nuevo Emperador por el camino de la absolucion.

Obligaron al propio tiempo al Patriarca Vecco á retirarse á un monasterio, y colocaron nuevamente en la silla patriarcal al debil Josef, cuya decrepitud habia estinguido en él hasta la postrer chispa de vigor. Dejóse conducir á ciegas por unos celadores inquietos, y sobre todo por los monges, cuyas extravagancias, no menos que sus violencias, fueron odiadas aun por los mismos escritores adictos al cisma. Distinguiéronse aquellos solitarios codiciosos principalmente en el tráfico de las gracias de reconciliacion, las cuales ostentaban como comerciantes hábiles, á fin de sacar mas ventaja (1). Hacian pagar como por arancel, tanto por la entrada en la iglesia, tanto por asistir al canto de los salmos, tanto por participar el pan bendito, y mucho mas por ser admitidos á la comunión. En una palabra, por fuerza ó por seduccion, casi todos los griegos se encontraron en breves dias en aquel mismo estado que tenian antes del último reinado.

Solo el célebre Juan Vecco y sus dos sábios arcedianos Constantino Melitiniota y Jorge Metochita, junto con Manuel Calecas, permanecieron inmutables en la profesion de la verdadera fe. El patriarca y los arcedianos fueron arrastrados de destierro

(1) *Pachim. vit Greg. lib. 6.*

en destierro, y murieron por fin de miseria, despues que el Emperador procuró vanamente atraerlos á su partido. Atrevióse á hacer comparecer á Vecco en muchos concilios; pero los mas doctos cismáticos en lugar de convencerle, fueron con verguenza confundidos (1). Sin embargo, el piadoso y sábio Vecco, como tambien sus discípulos, queriendo dejar á la posteridad monumentos que depusieran eternamente contra la inconstancia y la irreligion de su pueblo, compuso muchos escritos que brillan con los rasgos mas luminosos de la verdad, y consignó en su testamento su particular testimonio en favor de la doctrina católica sobre el artículo del Espíritu Santo (2). Manuel Calecas tuvo valor para publicar desde el principio de esta persecucion quatro libros contra los errores de los griegos, que merecieron tal aprecio del Sumo Pontífice, que los hizo verter al punto en idioma latino.

21. La conducta de Gregorio de Chipre, tan interesada por la union en tiempo del Emperador Miguel, fue muy diversa, y tambien el uso que hizo así de sus talentos, como de la ventaja particular que tenia de haber nacido bajo la dominacion de los latinos, y de haber aprendido su doctrina desde niño en la isla de su nombre. Prestóse tan ciegamente al tiempo, y acomodó de tal suerte su religion á la de su nuevo Soberano, que habiendo

(1) *Pachim. lib. 7 cap. 7.* (2) *Allat. de perpet. consens. lib. 2. cap. 15. et 18.*

muerto el patriarca Josef, y permaneciendo Vecco siempre desterrado, hizo Andrónico conferir esta dignidad al apóstata, quien dió á entender que se avergonzaba de sí mismo, y trocó su nombre de Jorge en el de Gregorio. Con tódo, siendo apreciado por su espíritu, por su elocuencia, y en especial por la pureza del idioma griego que habia restablecido despues de un largo olvido de los antiguos modelos, tuvo la presuncion de escribir, así contra los católicos desgraciados, como tambien contra muchos sábios que disfrutaban de favor. Hiciéronle estos conocer que la elegancia de la diction era un talento muy frívolo respecto á los conocimientos indispensables para tratar los santos abismos de nuestros misterios (1). En sus escritos descubrieron errores, heregías formales y verdaderas blasfemias, y le acometieron con tanta viveza y con tanta perseverancia, que agoviado de tristeza, se vió reducido á descender de la silla adquirida á costa de su conciencia y de su honor, y á encerrarse en un monasterio para pasar el resto de sus dias.

22. El imprudente Andrónico, que se habia propuesto ilustrar su reinado dando un nuevo estímulo al espíritu inquieto del cisma y de las facciones, vió resultar de él un trastorno general en su iglesia y en su imperio. En vez de un cisma se formaron quatro entre los griegos, esclusivamente adictos á otros tantos patriarcas, que ellos decian haber

(1) *Greg. lib. 6.*

sido depuestos sin justicia, y no se tenían menos aversion unos á otros que á los latinos. Dejose llevar este Príncipe débil, ya de un partido, ya del opuesto, queriendo acomodarlo todo sin tener la habilidad ni la autoridad precisa, y así era alternativamente el blanco de cada faccion. Esperimentó su imperio conmociones y reveses, de los que se sintió tan violentamente, que no salió jamás de este estado vacilante, anunciando el punto de su ruina inevitable. Batido sin cesar y por todas partes, en occidente por sus vasallos rebeldes, por los tártaros, los schitas, los franceses, los genoveses, los pisanos y los venecianos; en oriente por los sultanes árabes y turcos, que hicieron en él horrorosas desolaciones, y sobre la mar por enjambres de piratas, sin contar las armadas de todo pabellon legítimo, le anunciaban todos los dias la pérdida de alguna ciudad, de alguna isla, de alguna provincia. Por último, su política tan limitada como su ciencia militar, redujo todos sus males al mayor apuro.

23. En este reinado tan despreciable fue cuando estinguida la monarquía de los sultanes de Iconio por las disensiones y las guerras civiles, lejos de aprovecharse de una ocasion tan propia, toleró que despues de la muerte del último sultan Selyúcida, Gayatedino-Masod, muerto en una batalla que le dieron sus propios vasallos, Othman, hijo de Ortogrul, nieto de Soliman y padre de Orcan, nombres tan funestos á Constantinopla, echara los fun-

damentos formidables del poder otomano. El atrevido Othman, que habia ido de las orillas del Eufrates á probar fortuna con el último sultan de Iconio que le hizo emir de una pequeña provincia inmediata á los montes de Armenia, se hizo independiente despues de la muerte de su señor, á egemplo de otros emires en número de diez (1). Con la persuasion ó con la fuerza de las armas los sometió á todos á sus leyes. Quitó desde entonces á los griegos las mejores ciudades en el Asia menor, y especialmente la de Prusa en Bithynia, la que hizo su capital, y donde principió á levantar aquel enorme coloso, que en lo venidero arruinó la nueva Roma. A principios del siglo trece tomó el título de sultan, siendo el primero de su linage que le tuvo. Esta nueva dinastía de los turcos hizo rápidos progresos contra los griegos, durante su rompimiento con los latinos. No se nota que el Papa Honorio en el espacio de su pontificado, que fue de dos años y un dia, ocupara su solicitud en estos asuntos.

24. Por su muerte, sucedida en 3 de Abril de 1287, estuvo vacante la santa Sede mas de dos meses, á causa de una epidemia cruel que arrebató á muchos cardenales, y obligó á los demás á separarse. Por fin, en 15 de Febrero de 1288 eligieron unánimemente y al primer escrutinio al sábio Gerónimo de Ascoli, del orden de frailes menores, cardenal obispo que era ya de Palestina, y distin-

(1) *Pachim. lib. 3. cap. 8. = Ann. Turc. Caliond.*

guido por legacías importantes. Dos veces renunció su elección, y no consintió en ella hasta pasados siete días: diéronle el nombre de Nicolao IV. Este es el primer religioso de San Francisco que ascendió á la Cátedra de San Pedro.

Confirió á los religiosos de su orden en el primer año de su pontificado el oficio de la inquisicion en muchas provincias, en particular en el condado Venasi, poseido por fin por la iglesia romana, que tenia pretensiones á este dominio desde el tiempo de Urbano II. Poco tiempo despues la inquisicion adquirió su vigor en Venecia por el mismo Pontífice, con el beneplácito de la república, la que llegó á establecer un tesorero encargado de administrar el dinero indispensable para la pesquisa de los hereges (1): pero este oficial percibia el producto de todos los actos de este tribunal antes del pontificado de Nicolao IV, por cuanto la constitucion dada con este fin por aquel Pontífice, aunque la mas antigua que se conoce, supone sin embargo la inquisicion establecida ya en Venecia. El Papa Nicolao erigió en el propio año de 1289 en universidad la escuela de Montpellier, que era ya muy célebre por el estudio de la medicina y la jurisprudencia. Con todo, aunque autorizó en ella la enseñanza y estudio de toda facultad licita, no permitió dar la licencia y el título de doctor mas que en artes, en medicina y en ambos derechos (2).

(1) *Valing. ann. 1289. num. 14. Rain. num. 54.* (2) *Duboul. tom. 3. pag. 488. = Rain. num. 51.*

25. Obró en París el año siguiente la santísima Eucaristía un milagro, cuya memoria no ha borrado el largo espacio de cinco siglos (1). Dejó una muger pobre su ropa en prenda á un judío por el préstamo de cinco sueldos, que valian entonces á medio marco de plata. Algunos dias antes de Pascua, 2 de Abril, pidió al judío la volviera su ropa para esta festividad, á fin de poder cumplir con mas decencia la obligacion pascual. Con gusto, dijo el judío, y aun os la dejaré para siempre y sin interés, si quereis traerme el pan que recibís en la iglesia, y que vosotros los cristianos llamais vuestro Dios; porque quisiera ver si lo es efectivamente. Fue su proposicion aceptada; la muger recibió la comunión en San Meri su parroquia, guardó en secreto la santa Hostia y la llevó al judío. Púsola éste sobre una mesa, la dió de cuchilladas y vió salir de ella sangre. Su muger acudió con espanto, é hizo todos sus esfuerzos para impedirle pasar mas adelante en la impiedad; pero endurecido mas y mas aquel corazon, penetró la hostia con un clavo, que al instante derramó sangre; echóla al fuego, de donde salió entera, y anduvo revoloteando por la habitacion; la puso por último en agua hirviendo, y quedó ésta en un punto ensangrentada. Volviendo á levantarse otra vez la Hostia, se dejó ver entonces en forma de un Crucifijo.

La casa donde se obró esta maravilla estaba en

(1) *Leblanc. mon. pag 403. = Dubr. Ant. Par. 977. = Dubois. hist. pag. 513. — Labb. Bibl. tom. 1. pag. 663.*

la calle de los jardines, que segun dicen, ha tomado por nombre la de Billetes, especie de barrillos que servian de muestra para el comercio del judío. Uno de sus hijos, muy jóven aun, estaba á la puerta á tiempo que tocaban á misa en Santa Cruz de la Bretonería. Dijo á muchas personas que iban á oirla: no encontrareis ya á vuestro Dios: mi padre acaba de matarle. La mayor parte no hicieron alto en el dicho de un niño: pero una muger mas curiosa que los demás, entró en la casa con pretesto de tomar un poco de lumbre. Vió la Hostia santa que volteaba todavía, la cual descendió por sí misma al vaso preparado para poner el fuego. La llevó al cura de la parroquia, que era la de San Juan de Greve, y le hizo relacion del caso en presencia de una multitud de gentes que el rumor de un suceso tan extraordinario aumentaba por instantes. El obispo de París, Simon de Bussi, hizo prender al judío con toda su familia. Su muger y sus hijos se convirtieron; mas el infeliz profanador, confesando su delito, perseveró en la dureza, y abandonándole al preboste de París le hizo quemar.

Guardóse preciosamente la Hostia milagrosa en San Juan de Greve, donde la vemos aun. El cuchillo con que fue traspasada, y el vaso donde fue á colocarse en manos de la muger cristiana, se encuentran en los carmelitas de la calle de los Billetes, establecidos en el sitio donde estaba la casa del sacrilego. Un plebeyo de París, en el año de 1295, llamado Regnerio Flaming, hizo levantar allí

un oratorio, al que tituló: *capilla de los milagros*. El Rey Felipe el Hermoso puso en él, cuatro años despues, á los frailes hospitalarios de la caridad de nuestra Señora, á quienes reemplazaron por fin los carmelitas. Pasó este milagro, atestiguado por todos los ciudadanos de París, por tan incontestable entre los estrangeros, que Juan Villani, autor contemporáneo, muy sincero y mas dado á la detraccion que á la admiracion, creyó que debia darle lugar en su historia de Florencia (1). Afirman que el obispo Simon Matisas, de quien acabamos de hablar, ó Simon Bussi, llamado de este modo por el lugar de su nacimiento en Soissons, fue el primero que hizo celebrar en su iglesia de París el oficio de la Concepcion de la Santísima Virgen, fundado por su predecesor Rainaldo de Homblonier, quien dejó con este intento trescientas libras, moneda de París.

26. En el propio año acusaron á los judíos de haber cometido otros varios atentados contra los cristianos, y particularmente de haber crucificado en diversos paises un gran número de niños. La mayor parte de estas imputaciones están fundadas en monumentos muy sospechosos, para que no temamos el infamar injustamente á una nacion, en cuya conversion debemos trabajar con mucho esfuerzo. Sin embargo, la historia del jóven Verner, consignada en el depósito de erudicion menos sospechoso en este género, merece que la reframos (2).

(1) *Lib. 7. cap. 9.* (2) *Boll. tom. 10. pag. 700. ad 19. Apr.*